



El búnker

SERGIO DÁVILA TORRES* (DOCTOR TRUE)

La oscuridad lo dejó temporalmente ciego al cerrar la puerta del cubículo donde descansaba junto a su mujer y sus tres hijos, quienes apenas se movieron al escuchar el deslizamiento del metal.

Podía haberse colocado los lentes de visión nocturna para acomodarse en el exoesqueleto, tal como lo

hacían los otros cuando les tocaba la recolección matutina, pero él, tan familiarizado con el exoesqueleto, prefirió ahorrar un poco de energía y a tientas se ató los arneses inferiores, colocó luego la cabeza en el receptáculo y al final, a manera de guante, metió las manos en los controles. Estaba seguro de que en tiem-



www.es.fallout.wikia.com

* Pediatra, se dedica a la consulta privada.

pos remotos ese aparato funcionaba con órdenes verbales o de algún otro tipo, a juzgar por los restos de cables y sensores que aún quedaban en el casco.

El ruido del armatoste al avanzar por el oscuro túnel despertó a varios de sus compañeros, quienes al oír que se alejaba volvieron a conciliar el sueño, animándose al saber que la mañana se acercaba y con ésta la probabilidad de saborear manjares nuevos y frescos.

Al pasar por la gran sala, automáticamente, se detuvo a ver el reloj atómico que marcaba la fecha y hora que guiaba a los antiguos: 10 de abril de 2960; después siguió hacia el túnel principal, sabiendo que aún faltaba mucho camino por recorrer.

Sayd encendió las luces cefálicas del exoesqueleto para iluminar la entrada principal, verificando al mismo tiempo que se hallara todo en orden; luego retiró la gran roca con la cual se sellaba la entrada al búnker por las noches.

Mentalmente agradeció a los hombres antiguos por haber dejado aquel refugio, sin el cual su clan no hubiera existido; después de deslizar la loza quedó espacio suficiente para salir con el exoesqueleto. Agradeció también que hubieran dejado ese extraño aparato sin el cual ni con la fuerza de todos los hombres, mujeres y niños del clan hubieran podido mover un centímetro aquella gran roca. Gracias a eso podían protegerse de las tormentas de arena, de las plagas de langosta

que asolaban de vez en cuando; protegerse de ser descubiertos por el otro clan, del cual había sido expulsado su bisabuelo en tiempos remotos y, sobre todo, por el hecho de dormir plácidamente todos los integrantes del clan sin necesidad de dejar al menos dos guardias en la entrada como anteriormente se hacía.

Antes de salir apagó las luces cefálicas, emergiendo de aquella pequeña colina rocosa por el lado norte, justo donde desde la lejanía podía verse en días muy claros el pequeño manchón verde del oasis Tuareg, refugio de los clanes Febos y Minos, y antiguo hogar de su bisabuelo Jesús.

Miró al cielo aún tachonado de luces, pudo observar la estela de tres estrellas fugaces que caían en dirección sur. Colocó el exoesqueleto robótico en posición horizontal, accionó las extremidades intermedias y avanzó tal como si fuera una hormiga hacia el lado sur de la colina, donde estaban colocadas las redes a manera de telaraña, las cuales, además de tener esa imagen, estaban hechas con filamentos semejantes a la seda arácnida y poseían la propiedad de atrapar insectos al igual que éstas.

Hacia el lado sur solamente había dunas y más dunas del desierto inclemente, por lo cual Sayd se movía sin prisa, destrabando de su base los postes metálicos de doce metros de alto con las dos extremidades superiores; y apoyado en las otras cuatro mantenía el equi-



www.taringa.net

librio entre las rocas. Enrollándolas en sí mismas avanzaba hasta el otro extremo a cincuenta metros de distancia, donde tomaba el otro poste y llevando ambos volvía a la entrada del búnker donde cuidadosamente metía un extremo de los postes, introduciéndose luego él para colocarlos cuidadosamente en el interior. Efectuó la misma maniobra diez veces antes que el despunte del alba ordenara el fin a su faena.

La cosecha había sido buena, “moros, cayos, crujijs, lenes” y varias cigarras habían quedado atrapadas entre las redes, calculó el número total de insectos, y sospechó que ese día alcanzaría hasta para comer veinte de ellos por persona. No estaba mal, pensó, con los insectos elaborarían golosinas para convencer a los niños de que terminaran su alimento sin protestar; los adultos mismos disfrutarían de un sabor diferente al atole insípido que comían dos veces al día.

Ojalá todas las noches pudieran colocarse las redes, pensaba Sayd al acomodar la falsa puerta encima de la loza, para proteger la entrada de las ráfagas de aire caliente y arena.

Escuchó voces en lo profundo del túnel, varios de sus compañeros se acercaban a ayudarlo retirando los insectos más superficiales de las redes para que no se aplastaran en el trayecto al complejo, mientras él, con el exoesqueleto aún puesto, cargaría los veinte postes y sus respectivas redes.

Al momento de acercarse sus compañeros, aumentando la algarabía, Sayd creyó escuchar un ruido extraño fuera de la puerta falsa del búnker, y al pedir a sus amigos guardaran silencio, el ruido desapareció, quedando solamente el sonido de una ráfaga de viento al penetrar las rendijas de la puerta.

—¿Escucharon eso? —preguntó Sayd a sus compañeros.

—Qué —contestó uno de ellos.

—Era una especie de zumbido, ¿no oyeron?

—No —fueron contestando cada uno de los seis que habían llegado.

—Abriré un poco la puerta —dijo Sayd.

Todos guardaron un momento de silencio. Sayd avanzaba un poco hacia la entrada decidido a mirar hacia fuera, cuando Raúl, el mayor de todos, dijo en tono severo.

—Tú mejor que nadie conoce las reglas, nosotros no escuchamos nada ni antes ni ahora, creo innecesario abrir y poner en riesgo nuestra seguridad.

Sayd recapacitó, no sin antes intentar escuchar de nuevo aquel sonido, pero ya había desaparecido. Sintió, al estar cerca de la puerta, la entrada de aire quemante por las rendijas, y eso que apenas acababa de amanecer.

—Debió haber sido el viento —dijo a sus compañeros.

Levantó uno a uno los pares de postes mientras sus compañeros retiraban los insectos de las redes y los ponían cuidadosamente en las vasijas traídas específicamente para eso. Luego, al avanzar dentro del túnel, uno de los pares de postes se movió resbalándosele de las manos robóticas y cayó estrepitosamente al suelo, intentó levantarlo en vano con la izquierda. Decidió mejor reacomodarlos todos de nuevo para lo cual debía dejarlos en el piso una vez más.

Se hallaban exactamente frente a la primera puerta dentro del túnel, una puerta enorme, de acero reforzado, la cual se hallaba sellada y habían sido inútiles todos los intentos por abrirla en el pasado. A pesar de utilizar todos los métodos, incluso la fuerza bruta del exoesqueleto, nunca lo habían logrado.

—Qué demonios habrá adentro —preguntó David a sus compañeros—, siempre he querido saberlo.

—Debe ser algo muy importante —contestó Raúl—, de otra forma por qué motivo hubieran sellado esa enorme puerta.

—Si estuviéramos en Tuareg, el “patrón” nos diría: “No busquen problemas, Dios los castigará por su insolencia” —dijo Sayd a los demás.

—“No deben saber ni conocer más de lo que Dios nos manda” —agregó David—, “juren por Dios que los mandaré sacrificar”.

—Afortunadamente estamos en el búnker —intervino de nuevo Sayd—, de otro modo muchos de nosotros ya seríamos huesos en el desierto.

—A veces me gustaría ir allá —dijo Johan, el más joven de los siete compañeros, quien apenas rebasaba los veinte años—. Mi abuelo me contaba que había dos pequeños lagos, uno a cada extremo del oasis, pertenecía cada uno a cada clan y alrededor de éstos era tal el verdor de las plantas que daba gusto el simple hecho de estar ahí.

—Si tu abuelo hubiera seguido allá, tú no habrías nacido, las leyendas contadas cada noche nos recuerdan el pasado de cada uno de nuestros ancestros —intervino Sayd—, cómo llegaron a este lugar o la forma

en cómo fueron rescatados.

—No todo era belleza allá —habló Néstor, otro de los compañeros—, mi padre me contaba acerca de los sufrimientos, las calamidades, el hambre, los sacrificios y, sobre todo, el hecho del autosacrificio.

—Tienen razón —recapitó Johan—, no me hubiera gustado alimentarme con la carne de mi abuelo, lo amaba tanto que no podría probar ni un solo bocado, aunque estuviera a punto de morir de hambre.

—Esa puerta no me puede ganar —dijo Sayd cambiando el tema de conversación—; así diría mi bisabuelo Jesús si estuviera parado aquí con nosotros; desafortunadamente la edad lo venció.

Tomó los postes y caminó de nuevo al fondo del búnker, donde ya los esperaban varias de las mujeres que preparaban el desayuno para todos, quienes se alegraron al saber que la cosecha había sido buena.

En el fondo, todos se alegraban por de vez en cuando tener alguna variedad en la dieta, pues el racionamiento de los alimentos los obligaba a guardar solamente para ocasiones especiales las conservas, semillas desecadas o latas con algún manjar o embutido, para celebrar dicho evento, ya fuera un compromiso o el nacimiento de un nuevo miembro del clan.

Otros tiempos habían sido los de sus abuelos, en los que, que a pesar de haber hallado muchas cosas inservibles dentro del búnker, aun así tuvieron suficiente alimento para probar cosas diferentes cada día, y muchas mal preparadas al no saber exactamente cómo se cocinaban.

Aquel día fue, aunque rutinario, algo especial. Los adultos intentando descifrar la tecnología que los hombres antiguos habían dejado; los niños intentando aprender los conocimientos adquiridos por sus padres y las mujeres colaborando entre ambos.

Por la noche, como siempre que el desierto lo permitía, salían al caer el Sol rumbo al lado sur de la colina, donde los niños corrían entre la arena y las mujeres descansaban de sus quehaceres, contemplando la salida de las estrellas, les ponían nombres a las constelaciones muchas veces diferentes cada noche. Los hombres repasaban lo descubierto durante el día, y antes de terminar la jornada, el más viejo del clan contaba las historias aprendidas de boca en boca, pero ahora contadas libremente.

Pero aquella noche ocurrió algo diferente. Entre la multitud de estrellas fugaces que caían cada noche, una en especial era demasiado grande y al caer en la lejanía levantó una pequeña llamarada como nunca antes habían visto.

Aún quedaban tantas y tantas cosas por descubrir y descifrar de sus antecesores, pues los relatos prohibidos, transmitidos oralmente de generación en generación, hablaban de las mil maravillas del mundo antiguo. Por desgracia, la ambición de poseerlo todo y dominar a los demás causó el fin del “hombre moderno”, tal como se llamaban a sí mismos.

Los pocos sobrevivientes rechazaron toda relación con la tecnología del “nuevo hombre”, y dedicados exclusivamente a intentar sobrevivir día a día, el escaso tiempo que les quedaba libre lo dedicaban a agradecer al dios de los cielos, volviendo a predominar durante siglos el oscurantismo, alentado por los patrones de cada clan.

Pero la mente de un hombre libre no puede ser atada, y en el clan de Sayd, ahora libre de prejuicios, la curiosidad, las ideas y el libre albedrío estaban derramados como semillas en tierra fértil, a diferencia del gigantesco desierto que los rodeaba.



www.prateking.es